

José María Zavala

Isabel la Católica
POR QUÉ ES SANTA



BIBLIOTHECA**HOMOLEGENS**

© José María Zavala
© Homo Legens, 2019
Calle Trafalgar, 1
28010 Madrid
www.homolegens.com

Colección dirigida por Gabriel Ariza Rossy

ISBN: 978-84-17407-70-4
Depósito legal: M-19420-2019
Maquetación: Blanca Beltrán Esteban
Imagen de portada: *La Virgen de la mosca*, Gérard David

Impreso en España- Printed in Spain

Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

A Paloma, mi “reina católica”

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Prólogo a esta nueva edición | 11 |
| Introducción: | |
| LA HORA DE LA VERDAD | 13 |
| Primera parte: | |
| LA MUJER | 19 |
| Segunda parte: | |
| LA REINA | 93 |
| Tercera parte: | |
| LA VIRTUOSA | 187 |
| Cuarta parte: | |
| FAVORES Y FAMA DE SANTIDAD | 245 |
| Anexo: | |
| GRAN CRONOLOGÍA DE LA SIERVA DE DIOS | 321 |
| Índice onomástico | 343 |

PRÓLOGO A ESTA NUEVA EDICIÓN

Conste mi más sincera gratitud y enhorabuena a Gabriel Ariza, de la editorial Homo Legens, y a mi agente literaria Marta Moreno por rescatar ahora uno de mis libros más queridos por razones obvias pues su protagonista, Isabel la Católica, es uno de los personajes más fascinantes e injustamente tratados de la Historia Universal de todos los tiempos.

Hace justo cinco años que la editorial Planeta apostó por esta obra que desmonta la falsa leyenda negra entretejida por espurios intereses contra la mejor reina que jamás ha tenido España. La obra se había convertido ya en una rara pieza bibliográfica de la que tan sólo podía encontrarse en el mercado un puñado aislado de ejemplares a precios desorbitados.

El libro se presentó en su día en Madrigal de las Altas Torres, en la provincia de Ávila, donde nació su protagonista el 22 de abril de 1451 y mereció dos ediciones en tan sólo un mes desde su publicación.

Ahora, con el impulso dado al proceso de beatificación de Isabel la Católica, declarada Sierva de Dios por la Santa Sede en

atención a su vida virtuosa, esta nueva edición servirá sin duda para extender aún más su egregia figura, tergiversada hoy por ignorancia o mala fe, a la luz de los documentos que obran en la *Positio* a la que he tenido el privilegio de acceder.

Sería injusto no agradecer de nuevo a Santiago Velo de Antelo, editor de *Isabel*, la revista internacional de la Sierva de Dios, que tan generosamente me brindó los testimonios de conversiones y/o curaciones por intercesión de Isabel la Católica recogidos en la cuarta parte de esta obra; así como a su padre, José María Velo de Antelo, embajador de España y gran devoto de la protagonista de estas páginas.

Acercarnos al personaje humano de Isabel I de Castilla, aunque hayan transcurrido seis siglos desde entonces, nos ayudará a entender por qué su papel de esposa y madre, unido a su defensa inquebrantable de la fe católica, constituyen hoy un ejemplo insoslayable para una sociedad que ha renegado de Cristo y busca la felicidad en las cosas materiales.

José María Zavala, en Madrid a 22 de abril de 2019, en el
Aniversario del nacimiento de Isabel la Católica.

INTRODUCCIÓN

LA HORA DE LA VERDAD

El gran historiador francés Jean Dumont sentencia sobre nuestra protagonista, en su excelente obra *La Incomparable Isabel la Católica*: “La santidad de Isabel ha quedado establecida, sin discusión posible, en los 28 gruesos volúmenes de documentos que ha reunido el postulador de su Causa de beatificación, el padre Anastasio Gutiérrez”.

Pero acto seguido, el historiador galo se lamenta así: “Por desgracia no podemos hacer referencia al contenido de esta documentación fundamental, que es una gran aportación a la historia, por no tener acceso a ella”.

Dumont, como tantos otros insignes autores y devotos de la reina de Castilla, que hoy siguen siendo legión, celebrará sin duda que al fin podamos exhumar en estas mismas páginas lo más granado de ese arsenal inédito de documentos que durante 42 años nada menos, desde que se presentó a la Congregación

para las Causas de los Santos en Roma, el 18 de noviembre de 1972, ha dormido en los polvorientos sótanos del Vaticano.

Previamente se requirieron 12 largos e interminables años de investigación, desde 1958 hasta 1970, para examinar más de 100.000 documentos, de los que finalmente se escogieron 3.160 repartidos en 27 tomos, el primero de ellos con dos volúmenes.

El celo apostólico y la devoción a la reina Isabel del sacerdote claretiano Anastasio Gutiérrez, nombrado Postulador de su Causa en 1962, resultó decisivo para elaborar la *Positio*, a cuyo contenido esencial el lector tiene ahora acceso por primera vez.

En justo homenaje a la memoria del padre Gutiérrez, fallecido el 6 de enero de 1998, Fiesta de la Epifanía, sin ver colmado su anhelo de elevar a Isabel la Católica a los altares, añadamos que él es el verdadero inspirador de estas páginas, fruto de un estudio titánico.

Anastasio Gutiérrez hizo sus votos perpetuos en la Congregación claretiana el 18 de diciembre de 1927, siendo ordenado sacerdote el 15 de junio de 1935.

Cuatro años después cursó estudios jurídicos en Roma, donde obtuvo el doctorado en la Universidad Lateranense.

Tan sólo dos años le bastaron como Postulador (1948-1950) para obtener la canonización de su Fundador, San Antonio María Claret, e introducir su fiesta en el calendario universal.

Su trabajo eclesial fue breve e infatigable durante el Concilio Vaticano II (1962- 1965) como perito del mismo; y largo y fecundo como catedrático de Derecho Canónico en la Universidad Laterana (1953-1981), pro-decano (1968-1971) y decano (1972-1981); fue también consejero de la Congregación del Clero, de las Iglesias Orientales, y de la Causa de los Santos.

Y ahora no queda otro remedio que rendirse a la evidencia de sus irrecusables argumentos sobre la santidad de Isabel, y los de numerosos testigos que durante 80 sesiones, desde julio

de 1970 hasta noviembre de 1972, declararon en el Proceso Ordinario diocesano de Valladolid, en cuya localidad de Medina del Campo falleció nuestra regia protagonista.

El propio Relator *ad casum* de la *Positio*, Justo Fernández-Alonso, hace balance así de la misma: “No sólo se han superado los escollos que una crítica ligera podía oponer a la santidad de la Reina Isabel (legitimidad de la sucesión al trono, legitimidad del matrimonio con don Fernando de Aragón, la Inquisición, la expulsión de los judíos, la reforma de la Iglesia y de las Órdenes religiosas, las tensiones con Roma, etc.), sino que de la documentación disponible emerge una figura señera de santidad, ensalzada por sus coetáneos y por la investigación posterior a cumbres que parecían increíbles, si los testimonios no fueran tan numerosos y concordantes”.

Aclaremos que Isabel no fue una santurróna. Era una mujer bonita y elegante, alta, rubia, de ojos azul verdosos... Una *top-model* del siglo XV que amaba la música, la poesía y el teatro, y que era una excepcional amazona.

Pero ante todo, Isabel amaba a Dios y al prójimo. Empezando por su propio marido, el rey Fernando, con quien se desposó tras la muerte repentina de su primer pretendiente, y siguiendo por cualquiera de sus súbditos, sin excluir al último de ellos.

Parapetados, insistimos, en testimonios y legajos irrefutables, nos disponemos a desmontar esa infundada “leyenda negra” sobre el Descubrimiento y la Evangelización de América, la expulsión de los judíos, la Inquisición o la reconquista del Reino de Granada; sin renunciar, claro está, a desvelar las grandes pasiones de esta irreplicable mujer de carne y hueso que algún día, si Dios quiere, subirá a los altares.

Advirtamos también que esta obra, en sintonía con la *Positio* en la que se inspira, es una vida elaborada para un proceso de canonización, y no la historia del reinado de Isabel la Católica bajo todos sus aspectos.

Por esa razón hemos dividido este trabajo en cuatro partes, en la primera de las cuales, titulada “La mujer”, trazamos una completa semblanza humana de nuestra protagonista, resaltando los aspectos más curiosos y desconocidos de su vida pero sin perder de vista nunca su carácter ejemplar.

El lector descubrirá así, entre otras muchas cosas, hasta qué punto Isabel levantaba desenfundadas pasiones entre los hombres por sus irresistibles encantos naturales; conocerá los entresijos del macabro hallazgo de la momia de su hermanastro, el rey Enrique IV, y todo lo que de ello se desprende; entenderá el gran sufrimiento que le produjo el fallido atentado contra su marido Fernando de Aragón y la irreparable pérdida de algunos de sus hijos, además del auténtico calvario soportado con Juana la Loca, sin desfallecer jamás ni perder la confianza en Dios.

En la segunda parte, “La reina”, desmenuzamos los más grandes y polémicos asuntos de su Reinado que ya hemos anticipado.

Desde la mal llamada expulsión de los judíos, dado que se trató en realidad de la suspensión del permiso de su permanencia en España, a modo de pasaporte actual, sin que ello representase injuria alguna, en contra de lo que se ha dicho y escrito; hasta el fenómeno de la Inquisición, cuya realidad ha sido generalmente enfocada “desde un falso planteamiento”, como denuncia el postulador Anastasio Gutiérrez, sin que los historiadores se hayan detenido en la verdadera razón que puso en marcha todo el aparato inquisitorial del Reino de Castilla: el fenómeno religioso de los “conversos”.

Abordaremos igualmente sin complejos, escudados una vez más en la verdad, la reconquista del Reino de Granada, con la cual Isabel y Fernando no hicieron sino coronar una empresa comenzada en el año 718 en Covadonga y continuada durante casi ocho siglos.

Y desmenuzaremos finalmente, cómo no, el Descubrimiento y Evangelización de América, cuya razón principal, una vez examinada la abrumadora documentación que todavía hoy se conserva, no fue otra que la expansión de la fe de Cristo, sin la menor concesión por tanto a inexistentes cálculos crematísticos.

En la tercera parte, “La virtuosa”, pasamos revista con ejemplos y anécdotas reales a todas y cada una de las virtudes que, en grado heroico, vivió Isabel de Castilla: desde la fe, esperanza y caridad, hasta la humildad, fortaleza, templanza, justicia y prudencia; virtudes todas ellas esenciales en la vida de una persona y no digamos ya en un gobernante.

Por último, en la cuarta parte titulada “Favores y fama de santidad” ofrecemos al lector testimonios actuales de una treintena de favores, que algunos prefieren llamar milagros, alcanzados por intercesión de Isabel la Católica: desde curaciones sorprendentes y conversiones tumbativas, hasta matrimonios salvados *in extremis* y empleos llovidos del cielo.

Así que, sin más preámbulos, conozcamos ya las armas de la mujer y reina más célebre en la Historia de España...

PRIMERA PARTE

LA MUJER

*En hermosura, puestas delante de Su Alteza
todas las mujeres que yo he visto, ninguna tan
graciosa ni tanto de ver como su persona*

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Era tan hermosa, que la declararon “novia del Occidente”.

En las cortes europeas se la disputaban como infanta y futura reina.

Y en España, sin ir más lejos, se concertó su primer matrimonio con Fernando de Aragón, con quien acabaría desposándose gracias a la Providencia, cuando ella contaba tan sólo siete años y él uno menos.

Corría el año 1459 y el rey Juan II de Aragón envió a Pedro de Vaca como embajador para que el futuro enlace no se le escapase de las manos.

Pero nadie se daba por vencido a la hora de conquistar la mano de Isabel, una niña bellísima de alta estatura, rostro ovalado y larga y sedosa melena rubia, que engatusaba a los hombres con su expresiva mirada, entre bondadosa y complaciente.

Sus ojos eran azules, verdosos a cierta distancia, enmarcados por unas finas y largas cejas que señalaban el inicio de su proporcionada frente, de un blanco perlado como el resto de la piel; la nariz grande, sin los excesos borbónicos de Francia, y la boca bien perfilada, si acaso más protuberante el labio inferior.

Podía decirse que sonreía con la mirada sobre sus mejillas coloradas; las orejas iban a menudo cubiertas, pero se adivinaban menudas y armoniosas, junto a una garganta de cisne y unas manos gentiles.

Tenía tal encanto que, como escribía el célebre historiador de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo, “en hermosura, puestas delante de Su Alteza todas las mujeres que yo he visto, ninguna tan graciosa ni tanto de ver como su persona, ni de tal manera y santidad honestísima”.

Era Trastámara por los cuatro costados, la rama menor de la reinante Casa de Borgoña, y conservaba los inconfundibles rasgos de los Plantagenet, sus antepasados.

La dinastía de Isabel reinaba entonces en Castilla, Aragón, Navarra y Nápoles, y debía su nombre al condado de Trastámara, del latín “tras Tamaris (“más allá del Tambre”, el río al noroeste de Galicia), cuyo título ostentaba Enrique II el de las Mercedes.

Trastámara como su padre, el rey Juan II de Castilla, de quien era física y moralmente casi un calco, según la minuciosa descripción que hizo de él Fernán Pérez de Guzmán: “Alto de cuerpo, de buen gesto, sosegado e manso, muy mesurado e llano en su palabra, era hombre que hablaba cuerda e razonablemente; plazíale oír los hombres avisados y notaba mucho lo que dellos oía... Hombre muy atrayente, muy franco e muy gracioso, muy devoto, muy esforzado... De presencia muy real, blanco e rubio”.

Añadamos que Juan II estaba muy bien dotado para las ciencias, las artes y las letras, las cuales constituyeron durante su reinado ese gran pre-Renacimiento de Castilla; leía

a menudo libros de filosofía y poesía, dominaba la lengua latina y era buen músico.

Isabel no le andaba tampoco a la zaga en lo que a cultura se refiere; empezando por su biblioteca particular, sobre cuyos fondos existen hoy tres catálogos elaborados en vida de la Reina: uno, de veinte volúmenes, entregado en Granada a Margarita de Austria, en septiembre de 1499; otro, de cincuenta y dos tomos, sobre el que se pidió cuentas en 1501 al camarero Sancho de Paredes; y un tercero en el que constan 201 libros, que en noviembre de 1503 confeccionó Gaspar de Gricio.

Se calcula que la biblioteca privada de Isabel se componía en total de más de cuatrocientas obras, entre las cuales había varias ediciones de la Biblia y de algunos Padres de la Iglesia, junto a producciones históricas (las crónicas de Alfonso X, Pablo de Santa María, Ayala o Alonso de Cartagena) y legales (varios fueros y ordenamientos, junto a *Las Partidas*), así como manuscritos de ejemplarios (*Calila e Dimma*, *Libro del Conde Lucanor*), colecciones de sentencias (*Flores de Filosofía*, *Bocados de oro*), biografías femeninas (*Libro de las claras e virtuosas mugeres*, de Álvaro de Luna), textos de música y danza, una copia del Cancionero de Baena, poemarios de Mena o Pérez de Guzmán, y hasta clásicos en versión castellana como Aristóteles, Séneca, Plutarco, Virgilio y Plinio.

Un auténtico homenaje a la Cultura, con mayúscula.

Nube de pretendientes

Siendo Isabel astilla de tal palo, no era extraño que un “infanticida” de la talla de Carlos de Viana, primogénito de Juan II, clavase con cuarenta años su lasciva mirada en aquella preciosa criatura, de tan sólo diez.